

Carmen ÁLVAREZ, *Teología del cuerpo y Eucaristía*, Madrid: Publicaciones San Dámaso, 2010, 178 pp., 14 x 21, ISBN 978-84-96318-88-5.

La autora de este volumen defendió su tesis doctoral en la *Università Pontificia Salesiana*, dirigida por el profesor A. M. Triacca bajo el título *Virginitad y Espíritu Santo. Líneas para una pneumatología de la virginitad*. Actualmente es profesora de la Facultad de Teología de San Dámaso y del Instituto de Teología *Lumen Gentium* de Granada. Las reflexiones que presenta esta obra se fueron fraguando al calor de la conversaciones de la autora con sus alumnos del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia durante el estudio de las catequesis de este Papa sobre la teología del cuerpo a finales de los años setenta e inicios de los ochenta. Catequesis que, como es sabido, son como una mina que, por más que se ahonde, nunca se termina de explorar, y en la que se encuentran nuevas venas de nuevas riquezas a las que la investigación teológica deberá atender, profundizar y sistematizar. El hecho de que la teología dirija su atención al cuerpo no debe sorprender a nadie que sea consciente del misterio de la Encarnación. Por el hecho de que el Verbo de Dios se ha hecho carne, el cuerpo ha entrado *pleno iure* en la teología. Estas catequesis sobre la «teología del cuerpo» son una de las aportaciones más genuinas que nos ha dejado el magisterio de Juan Pablo II. Muchas de las reflexiones que aporta el Génesis sobre la creación del primer ser humano pueden referirse a María, nueva Eva, y a Cristo, nuevo Adán, que, en su cuerpo eucarístico, ofrece la plenitud salvífica para el hombre.

Tras un breve prólogo, la autora ha distribuido sus reflexiones en diecisiete capítulos. En ellos, no sólo afloran cuestiones doctrinales relativas al matrimonio cristiano, a la sexualidad y a la familia, sino tam-

bién a aspectos relacionados con la eclesiología, la cristología, la mariología, la cuestión de la mujer en el plan de Dios... Pero en el libro de Carmen Alonso todas estas ramificaciones reciben un enfoque enriquecedor porque son contempladas desde el núcleo denso de la Eucaristía, y, en consecuencia, desde una clave litúrgica, sin que sea difícil descubrir en ella el magisterio iluminante de don Achille Maria Triacca. Aquí radica, en nuestra opinión, aquello que hace de este libro algo valioso y digno de estudio.

El lector que accede a estas páginas encuentra algunos argumentos desarrollados por la autora que se refieren a la vida como culto espiritual (*logikè latreia*), a las peculiaridades que presenta el ejercicio del sacerdocio bautismal por parte de la mujer, a cómo la Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús y, por eso mismo, nos implica en la dinámica de su entrega, en el carácter de «memorial existencial» de Cristo con el que se podría conceptualizar al neófito recién salido del baño de su regeneración, a la recircularidad entre los momentos celebrativo y existencial propios de la vida en Cristo y en el Espíritu...

Nos permitimos hacer un breve apunte en torno al capítulo 15, en el cual la autora realiza un ejercicio de analogía de la fe provisto de una especial carga evocadora y mística en torno al relato de Jn 20,11-18 («se han llevado a mi Señor»). Para la autora, la ausencia de Cristo, llorada por María de Magdala, es comparable, en cierta medida, con el vacío que experimentaba el mundo antes de la creación del hombre. Sabemos que algo de aquel silencio primordial de la tierra resuena en cierto modo también en el gran silencio litúrgico de la Iglesia durante el Sábado

Santo. Ciertamente, el deseo inabarcable de Dios, que precedería al momento de crear al hombre, no es nada comparable con el deseo de aquella María que buscaba entre lágrimas el cuerpo del Maestro. Y, sin embargo, los dos deseos están cargados de entrañables resonancia eucarísticas: el del Padre, porque pensando en el hombre que iba a crear, veía ya en él la forma de su Hijo y el cuerpo resucitado que un día habría de hacerse carne eucarística; y el de María, porque sabía que tocando a Cristo, tocaba a aquel por quien suspiraba con la ilusión de no perderle más y de que ese cuerpo se quedaría con ella para siempre (pp. 153-158).

Dios es Dios, misterio trinitario de comunión y de amor, y no es varón ni mujer. Contemporáneamente, como atestigua la Escritura, Dios se dijo a sí mismo en la masculinidad y feminidad, en el lenguaje humano del amor. Masculino y femenino son los dos hemisferios, los dos polos del lenguaje en el que Dios nos da a conocer su propio misterio. Estas y otras reflexiones diversas, pero bajo el común denominador de la lectura eucarística de los libros inspirados en el torrente vivo de la Tradición, conforman el conjunto de estas páginas escritas con acentos profundos y provechosos.

Félix María AROCENA

Ramiro PELLITERO, *Al hilo del pontificado. El gran sí de Dios*, Pamplona: Eunsa, 2010, 270 pp., 15 x 22, ISBN 978-84-313-2685-2.

El médico, sacerdote y profesor de teología pastoral en la facultad de Teología de la Universidad de Navarra, nos ofrece en estas páginas un recorrido personal por el pontificado de Benedicto XVI. Tal vez el subtítulo exprese mejor la finalidad del libro: no es una crónica o una antología de textos del pontificado, sino el intento de buscar el hilo conductor del ministerio que desarrolla en estos momentos este Papa alemán desde Roma. El programa de su pontificado es eminentemente positivo y propositivo, afirma Pellitero. Se puede resumir con ese «gran sí de Dios» y de nuestra respuesta a su llamada, la fe. «Este “sí” de Dios, que llama a nuestro “sí”, es lo que desea evocar el título de este libro y se desarrolla desde el primer texto» (p. 16). Con este propósito de descubrir este hilo positivo que da unidad a todo este pontificado, Pellitero comenta los distintos temas y textos que han ido surgiendo a lo largo de estos años.

Sabe aprovechar la riqueza del magisterio del actual pontífice. En primer lugar, empieza con los tres grandes temas de la fe, el amor y la esperanza. Benedicto XVI ha querido plantar esto tres firmes pilares, sobre los que se tiene que apoyar toda la vida y la acción de la Iglesia. Por eso «pronunciar un gran sí», «creer en el amor» y «aprender de nuevo la esperanza» están en el comienzo de todo lo que venga detrás. He aquí un primer hilo conductor. En estas breves, claras y amenas reflexiones se remite a su vez al único fundamento, Jesucristo, que continúa su acción en la Iglesia, «“luna” de Cristo». La fe en Cristo y la vida eclesial tienen así una misma fuente y una misma finalidad. Por eso continúa el autor estas páginas con los lugares en los que encontramos a Jesucristo: en la Eucaristía y en la Palabra. Es interesante ver cómo relaciona estas realidades espirituales con las más concretas, materiales e inme-